

Una madre distinta

CARMEN DE LA FUENTE

En pulcra edición de la casa Miguel Ángel Porrúa, apareció (2003) El libro de mi madre, relato autobiográfico de René Avilés Fabila, antecedido por dos epígrafes: uno de Simone de Beauvoir y otro de Carlos Pellicer.

Estos epígrafes abren las puertas del silencio para hacernos cruzar el umbral de las más honda de las aflicciones.

René Avilés Fabila, en otras ocasiones desenfadado y crítico, amigo de la ficción, se despoja de su habitual sonrisa y divagaciones metafóricas, para mostrar el corazón desnudo ante la pérdida de quien fuera tronco y raíz, poderosa verdad de su existencia.

El libro estruja por su sinceridad. No es fácil hablar de la espinosa relación entre madre e hijo, sobre todo cuando éste destaca por su rebeldía. Amordazados por los prejuicios, por los cánones que rigen la sociedad no nos atrevemos a tocar ese filoso tema de la relación humana que se resuelve paradójicamente entre el sometimiento y la libertad, el amor y el odio, la cercanía y el rechazo.

En El libro de mi madre se exponen con claridad esos encuentros y desencuentros entre madre e hijo. René Avilés Fabila es suficientemente explícito. En un momento desgarrador, aquél en que se enfrenta a la agonía de su progenitora y se deshace en llanto, confióse a sí mismo: “Había concluido la etapa más larga de

mi vida, una etapa en la que pese a los desencuentros cada vez mayores, me había mantenido a su lado, mirándola con admiración y amor y no pocas veces con decepción y malestar”. Texto que ratifica a otro anterior: “No soy un memorista... simplemente un hombre que todos los días pienso en ella y la recuerda con amor y a veces con aversión.”

Como si se tratase de una película, mira en esos instantes desarrollarse la historia de una vida. ¿Cómo era ella? “Una mujer nada corriente especial y de mal carácter, contrastante y comprensiva; pero era culta e inteligente. ¿Qué más se podría pedir?”

Y sin embargo no la conoce del todo dice en algún párrafo: “Tengo una vaga idea sobre la mayor parte de la vida de mi madre, y esta certeza que abruma”.

Quizá sí... quizá no le fue posible profundizar en la vida académica de Clemencia Fabila, en sus avatares políticos en sus conflictos amorosos; pero en el ámbito cotidiano sí que la conoció y nos pinta a una mujer generosa, enemiga de pequeñeces, independiente y decidida.

Luego, aquilatando su cultura, agrega: “Se hizo una aguda e inteligente maestra de primaria en los años de la Escuela Nacional de Maestros, cuando la normal cumplía el cincuentenario y los maestros eran pedagogos y escritores de talla”.

Este dato completa el perfil de la educadora. Años más menos yo fui su contemporánea (¡cómo me duele no haberla tratado!) y en esa época, la del cardenismo, formábamos parte de una generación inflamada por los más altos ideales.

Recuerdo a los maestros muy amados: Margarita Quijano, Antonia López, Samuel Ramos, Raúl Cordero Amador e Ismael Rodríguez Aragón quien nos inició en el marxismo. Y luego una oleada de escritores: Arqueles Vela, Germán List, adalides del Estridentismo y los grandes educadores de América: Jesualdo y Juan Marinillo.

Fueron todos ellos, sembradores de valores humanísimos. No es casualidad entonces que la joven Clemencia Fabila haya engrosado las filas del socialismo.

A los maestros de aquella y de toda las épocas, se nos ha calificado de subversivos, timbre del cual debemos estar orgullosos; porque no son los partidos políticos ni las ideologías quienes determinan nuestros derroteros, sino la cercanía con el pueblo, el sufrir sus angustias, sus justas rebeldías. Luchamos desde el aula para borrar las fronteras de la desigualdad y establecer el reino de la justicia. Un maestro, he afirmado en otras ocasiones, es el que forma conciencia. Y en ese sentido pienso que Clemencia Fabila fue una gran maestra.

Una palabra, corrompida ahora por los demagogos, pero en ese entonces fiel a su contenido: SOLIRADIDAD, fue el nexo indestructible entre madre e hijo. Dice René: “En mi caso la solidaridad materna, fue inquebrantable. De mi larga militancia en el comunismo, unos veinte años, que concluyó con el derrumbe del socialismo, ya he dado cuenta en un libro titulado Memorias de un comunista allí cuento el soporte que encontré en mi madre cuando decidí formar parte del Partido comunista”.

Dicha conducta se vuelve a observar en Clemencia Fabila, años más tarde. Dice René: “En 1968 hizo lo mismo con mi hermana Iris y durante las manifestaciones mamá solía acompañarla”.

Lamenta –expresa su biógrafo, en reiteradas ocasiones–, no haber hallado en su madre la anhelada ternura; ciertamente, las dificultades económicas, la brega diaria endurecen el carácter; a cambio de ello se desarrollan otras virtudes: la responsabilidad, la fortaleza, la madurez, para comprender las debilidades humanas.

Siento, después de haber leído el libro de Avilés Fabila, que entre su madre y yo hay muchas coincidencias: los trabajos y penas de una mujer independiente; el estremecimiento ante los conflictos que atentan contra la dignidad humana; la facultad para hacer amigos entre

los más jóvenes y también, por desgracia, la iracundia y arranques explosivos.

Por eso, quizá, despierta en mí tanta simpatía.

Pero dejen decirles que El libro de mi madre no sólo es el retrato de una mujer; es el análisis de su entorno; documento que ilustra acerca de las relaciones familiares y la visión de quien escribe. Hay gratitud y reconocimiento para los abuelos; severidad para el padre, René Avilés Rojas y respeto para la figura de Lino Santacruz quien fuera compañero de su progenitora.

Desde el punto de vista ético admira el valor para exponer sin temor a la crítica, temas como el aborto y la eutanasia, resueltos bajo un criterio libre de dogmas y oscurantismos.

Uno podrá diferir respecto a la posición del autor; pero lo que es innegable es su congruencia entre el hacer y el escribir, así como su integridad intelectual. ■



Alfredo Zalce